Año XXI.

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

Num. 35.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.,

BELLAS ARTES, NOVELAS, MÚSICA, CRÓNICAS, COSTUMBRES Y LITERATURA.

Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
DIRECTOR PROPIETARIO: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.
Al que reuna seis suscriciones se le dará una gratis.

Sumario.—Dibujo para cabo de cinturon.—Cortina á punto de aguja. —Gorro de dormir para niño. —Limpia-plumas.—Encage de malla.—Tapetillo.—Cuello de realce.—Tira de tapicería.—Hojas sueltas. —Curiosidad.—Le Moulin de Milly.—Una joya, poesía.—La vírgen de las Lilas. —El Doctor Antonio.—Literatura.—Explicacion del figurin iluminado.—A los señores suscritores de América. —Geroglífico.

Dibujo para cabo de cinturon.

Este dibujo puede ejecutarse en toda clase de tela para adornar los cabos de los cinturones; servirá tambien para cabos de corbata de muselina blanca. La corbata se corta del ancho de nuestro dibujo; bastante larga para anudarse por delante, ya con un lazo sencillo, ya con uno de dos cabos; el bordado se hace á punto inglés, ó bien de realce.

DIBUJO PARA CABO DE CINTURON.

Cortina á punto de aguja.

MATERIALES.—Algodon fino; dos agujas de hacer media adecuadas al algodon; algodon plano brillante (ó hilo).

Se arma un número de puntos suficiente para el ancho de la cortina y se labra de ida y vuelta.

Vamos ante todo á explicar los términos empleados en el curso de esta descripcion.

Menguado significa siempre, *para este dibujo*, dos puntos tomados juntos al revés.

Un *echado* significa, *para este dibujo*, la hebra echada dos veces sobre la aguja, y tomada como *un solo punto* en la vuelta siguiente.

La palabra *punto* se suprimirá en obsequio de la brevedad: 1 al derecho,—1 al revés,— representarán *un punto al derecho*,—*un punto al revés*.

1.ª *vuelta*. —8 al derecho, *—menguado,—1 echado,—menguado, —1 echado, —mengado,—1 echado, —1 al derecho,—1 echado, — menguado, — 1 echado, — menguado,—1 echado,—menguado,—15 al derecho; vuélvase á comenzar desde *.

2.ª *vuelta*.—Enteramente al derecho, lisa.

3.ª *vuelta*.—7 al derecho, * —menguado,—1 echado, —menguado—1 echado,—menguado,—1 echado,—3 al derecho,—1 echado,—menguado,—1 echado,—menguado, —1 echado, —menguado, —13 al derecho; vuélvase á comenzar siempre desde *.

4.ª *vuelta*.—Enteramente al derecho, lisa.

5.ª *vuelta*,—6 al derecho, * —menguado, —1 echado,—menguado—1 echado—menguado,—1 echado,—5 al derecho,—1 echado,—menguado,—1 echado,— menguado, —1 echado,—menguado—11 al derecho; vuélvase á empezar desde *.

6.ª *vuelta*.— Lisa al derecho.

7.ª *vuelta*.—5 al derecho, * —menguado,— 1 echado,—menguado—1 echado— menguado,—1 echado,—7 al derecho,—1 echado,—menguado,—1 echado,— menguado, —1 *echado*,—*menguado*,—9 al derecho; vuélvase á comenzar desde *.

8.ª *vuelta*. — Lisa, al derecho.

9.ª á 15.ª *vueltas*.—En estas 7 vueltas se continúa el dibujo de un modo regular, de manera que en las vueltas 9.ª, 11.ª, 13.ª y 15.ª se mengüen 2 puntos en un cuadro, — se crezcan 2 puntos en el cuadro siguiente; debiendo formar los medios cuadros el principio de estas vueltas, se comprende que en este sitio solo ha de menguarse un punto.

© Biblioteca Nacional de España

16.ª *vuelta.*—Lisa, al derecho.

17.ª *vuelta.*—Menguado, *—1 echado,—menguado,—1 echado,—menguado,—1 echado,—17 al derecho,—1 echado,—menguado,—1 echado, —menguado,—1 echado,—menguado (en este último menguado se hacen juntos 3 puntos al revés);—se vuelve á comenzar desde *.

18.ª *vuelta.*—Liso, al derecho.

Despues de esta última vuelta se comienza de nuevo desde la primera; solo se cuida de que los menguados y crecidos de los cuadros vayan *encontrados.* Se continúa hasta que la labor tenga el largo necesario; se la lava, se la almidona, y despues se hace pasar por las rayas caladas algodon brillante, disponiéndolo del modo que lo indica nuestro dibujo.

Gorro de dormir para niño.

MATERIALES.—Algodon del n.º 30 (para crochet); un crochet grueso de acero.

Se hace con puntos algo flojos; las vueltas son en redondo, pero en espiral, y cada vuelta se termina por separado. Se conduce la hebra desde la vuelta que se ha concluido á la que se comienza haciendo un punto-cadeneta. Se forma una cadeneta de 16 puntos, se la reune en anillo (ligando el último punto al primero).

1.ª *vuelta.*—* 3 puntos en el aire, —un punto-cadeneta en el primer punto del anillo;— para estos puntos-cadenetas se pasa el crochet bajo los dos lados del punto de la vuelta anterior; vuélvase á comenzar desde *.

2.ª *vuelta.* — 2 puntos-cadenetas para llegar al medio del primer feston, compuesto de 3 puntos en el aire;—despues * 3 puntos en el aire, —un punto-cadeneta en el medio del feston siguiente; vuélvase á comenzar desde *.

3.ª *vuelta.*—Se principia por 2 puntos-cadenetas, como en la anterior; —despues * 3 puntos en el aire, — un punto-cadeneta en el medio del feston siguiente;—en cada uno de los 4 puntos que siguen un punto-cadeneta; para el 2.º de estos 4 se pica el crochet, no solo en el punto de la vuelta anterior, sino tambien en el de debajo, perteneciente á la 1.ª vuelta; vuélvase desde * hasta el fin de la vuelta.

4.ª *vuelta.*—Puntos-cadenetas hasta el medio del feston de la vuelta anterior, despues * 5 puntos en el aire,—un punto-cadeneta en el medio del feston siguiente; comiéncese de nuevo 7 veces desde *.

5.ª *vuelta.*—* 3 puntos en el aire, —un punto-cadeneta en el 2.º punto; vuélvase á *. Así se han formado 3 pequeños festones sobre cada feston de la vuelta anterior. Cada vez que se termina el 3.º de estos festones, se pica el crochet, no solo en la vuelta anterior, sino tambien en el punto de debajo (de la vuelta 3.ª).

6.ª *vuelta.*—Como la 3.ª

7.ª *vuelta.* —Desde el medio del primer feston de la anterior se hacen * 5 puntos en el aire,—un punto-cadeneta en el medio del feston siguiente; vuélvase 11 veces á comenzar desde *.

8.ª *vuelta.*—* 6 puntos en el aire,—un punto sencillo en el medio del feston mas inmediato; vuélvase á *.

9.ª *vuelta.*—Como la 5.ª, con la diferencia de que en vez de 3 pequeños festones se hacen 4, compuesto cada uno de 3 puntos en el aire sobre cada feston grande.

10.ª y 11.ª *vueltas.*—Como la 2.ª

12.ª *vuelta.*—Como la 3.ª

13.ª *vuelta.*—Como la 4.ª

14ª. —Como la 5.ª

15.ª y 16.ª *vueltas.*—Como la 2.ª

17.ª *vuelta.*—Como la 3.ª

18.ª *vuelta.*—Como la 4.ª

19.ª *vuelta.*—Se hacen solo 2 pequeños festones, compuesto cada uno de 3 puntos en el aire sobre cada feston grande.

20.ª *vuelta.*—Como la 3.ª

21.ª *vuelta.* —Como la 4.ª

22.ª *vuelta.*—Como la 19.ª

23.ª á 26.ª *vueltas.*—Como la 2.ª

27.ª *vuelta.*—Como la 3.ª

28.ª y 29.ª *vueltas.*—Como las 7.ª y 8.ª

A la vuelta 29 se une el encage, representado en tamaño natural en un dibujo separado.

1.ª *vuelta del encage.*—Como la 5.ª de las anteriores; solo que se hacen alternativamente una vez 3, y dos veces seguida 4 festones, compuesto cada uno de 3 puntos en el aire, sobre los festones de la vuelta anterior.

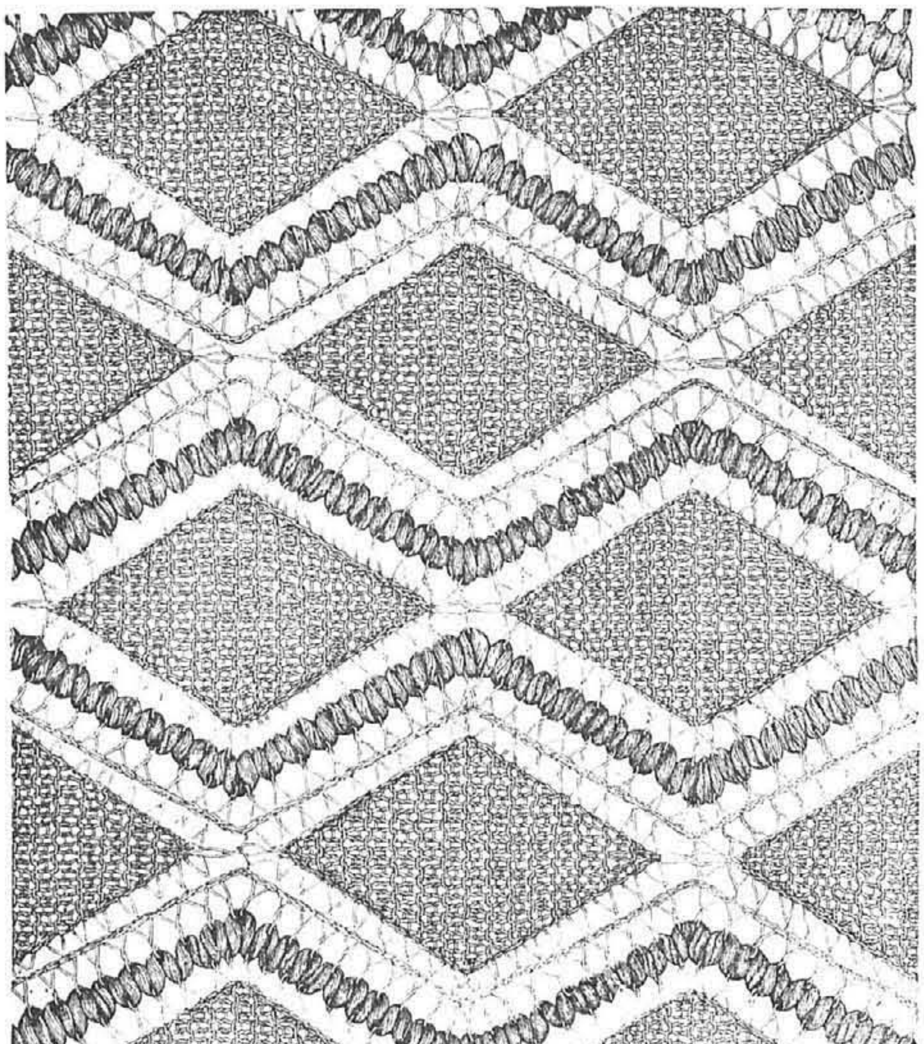
2.ª y 3.ª *vueltas.*—Como la 2.ª del gorro.

4.ª *vuelta.*—Como la 3.ª del mismo.

5.ª á 7. *vueltas.*—Como las 18.ª á 20.ª de idem.

8.ª y 9.ª *vueltas.*—Como las 7.ª y 8. de idem.

Se hace una cadeneta para el cordon que se pasa por los festones que hay entre el gorro y el encage; se ponen 2 borlitas en los estremos de aquel, al que se le puede sustituir un cordon elástico blanco.



CORTINA A PUNTO DE AGUJA.

Limpia-plumas.

MATERIALES.—Paño negro fino; el mismo paño verde; medio mazo de cuentas doradas; la misma cantidad de cuentas de acero del n.º 5; tafetan negro; terciopelo negro; torzal de seda punzó; cordoncillo fino de oro.

Este objeto representa una hoja grande. Se corta esta sobre nuestro dibujo *tres veces* en paño negro y *una vez* en paño verde; al rededor de esta última parte se hace, á distancia de medio centimetro una línea á punto de cordoncillo con seda encarnada, siguiendo las sinuosidades de la hoja; las venas se hacen del mismo modo, despues se coloca junto á la primera línea y junto á las venas cordoncillo de oro, cosido de trecho en trecho perpendicularmente con seda negra (véase el dibujo); cuando se han hecho las venas, se pasa el cordoncillo de oro a través de la tela, para ir á buscar el sitio de una nueva vena. Los lunares del interior se forman con 4 cuentas doradas; en el borde de la hoja se hace una pequeña franja, compuesta alternativamente de un bucle de cuentas doradas y otro de cuentas de acero, cruzadas las unas sobre las otras. Esta hoja, así adornada, se cose sobre una de las hojas negras; se corta otra igual de carton; se la cubre por un lado con tafetan negro, por el otro con terciopelo, tambien negro, pegando sobre el carton estas dos telas. El terciopelo forma la parte de debajo de la hoja; entre esta y la bordada se colocan las dos hojas de paño negro, y se cosen todas juntas en el sitio en que comienza la vena principal; añádesele un cabo de bronce, que puede reemplazarse haciendo uno del siguiente modo: se toma alambre muy fuerte, muy grueso; se le forra con lana blanca ó algodon; se dobla uno de sus extremos en forma de anillo; se rodea este tallo con cuentas doradas muy juntas, ó bien con trencilla de oro; se reemplazan las hojitas que figuran en el tallo con un boton dorado, ó con una roseta hecha con trencilla.

Encage de malla.

MATERIALES.—Algodon de hacer media; dos moldes para hacer malla de diferentes gruesos.

El salpicado del fondo del encage se compone de grupos de 4 mallas; para ejecutar una de las de este grupo (que tambien se encuentran en la orla del encage), se hace primeramente una malla comun en una de las de la vuelta anterior; se pasa tres veces mas en esta malla, dejando flojo el algodon sobre el molde, de modo que los bucles formados excedan del molde medio centímetro poco mas ó menos; despues de haber pasado la lanzadera tres veces de abajo arriba en la malla de la vuelta anterior, se la pasa de arriba abajo á través de la malla sencilla, hecha antes de las largas; se tira del algodon, pero no mucho, porque debe formar un bucle largo delante del molde. Se pasa la lanzadera de arriba abajo en este último bucle; se estira el algodon, y así se reunen las 4 mallas del grupo. En las vueltas siguientes, estos bucles permanecen libres.

Del mismo modo se bacen las mallas largas de la orla, pero sobre un molde mas grueso,—solo que no se las deja libres en la vuelta siguiente, y que en cada malla larga se hace una comun en el molde menos grueso. La tercera vuelta de la orla se compone tambien de mallas comunes pero hechas en el molde grueso; en la vuelta que sucede á esta, se toman juntas 4 mallas á la vez. Las dos últimas vueltas van claramente indicadas en el dibujo.

Se puede ejecutar este encage en lana céfiro, ó bien en lana inglesa, para guarnecer chales cuadrados de cachemira de color. Hecho de algodon, este encage servirá para cortinas ú otros objetos análogos.

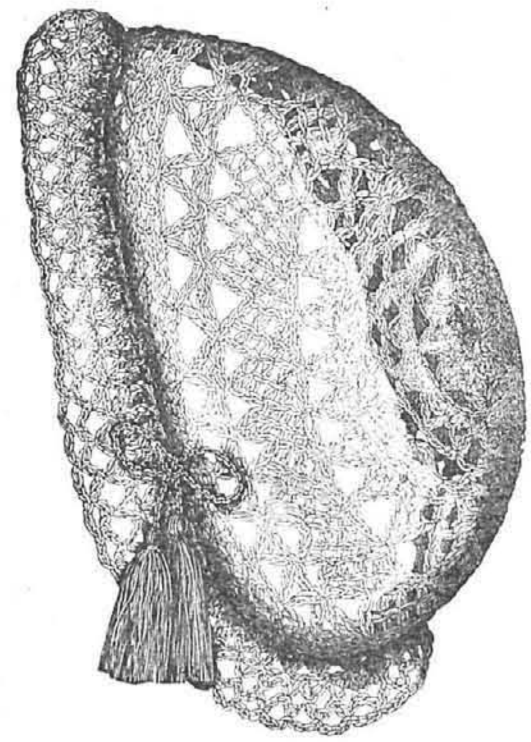
Tapetillo.

MATERIALES.—Piel americana color castaño ó hule; botones planos de porcelana de cuatro ó cinco gruesos diferentes; torzal de seda encarnada; cuentas blancas opacas de mediano grueso.

Este objeto es muy sencillo y muy fácil de ejecutar, tiene además la ventaja de poderse lavar con agua de jabon y un cepillo. Además del dibujo que representa el tapete entero, publicamos otro que reproduce los dos festones en tamaño natural. El fondo es de piel americana; las palmas se forman con botones de porcelana cosidos con torzal de seda encarnada; la misma seda sirve para el feston exterior, hecho con puntos algo separados. La rama interior se hace con cuentas blancas. Nuestro modelo tiene 58 centimetros de largo por 41 de ancho; tiene la forma ovalada. Los botones pueden ser de nácar. Se forra el tapete con una tela de lana sujeta por el feston exterior.

El dibujo que representa una parte del objeto en tamaño natural, está calculado de modo que forme la cuarta parte de un tapete redondo, si es que quiere destinársele para colocar sobre él una lámpara. Añadamos que se puede ejecutar de un modo mucho mas elegante; el fondo se haria entonces de paño ó terciopelo, las palmas con monedas argelinas (de cobre) de gruesos diferentes, horadadas en

© Biblioteca Nacional de España



GORRO DE DORMIR PARA NIÑO.

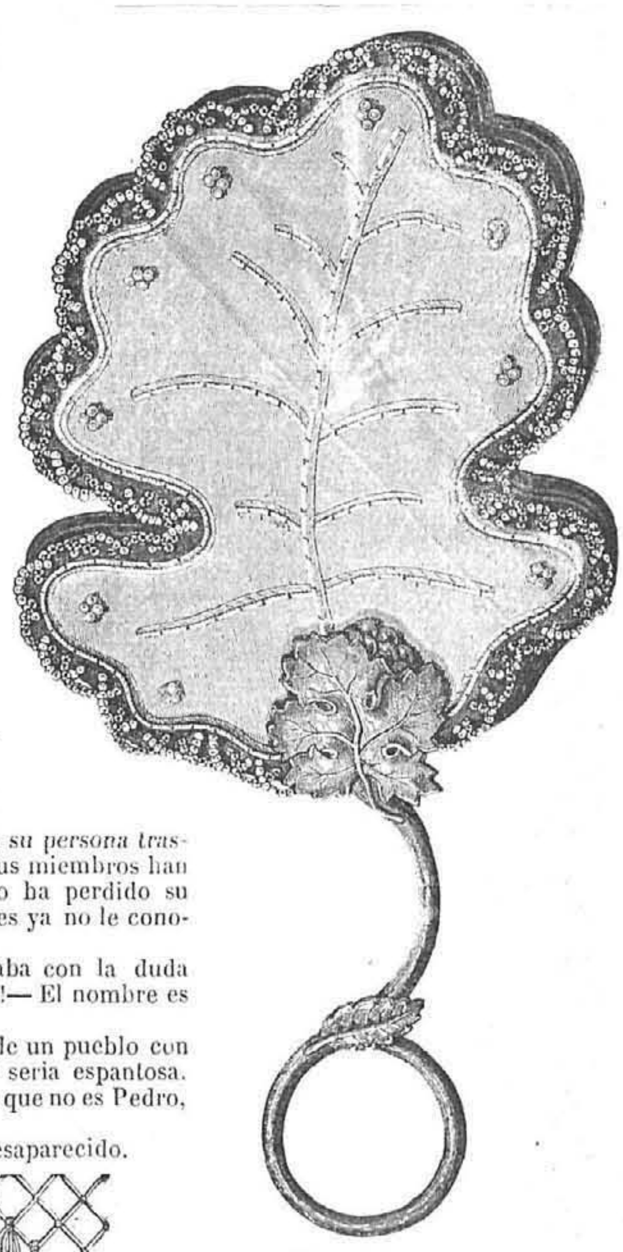
su centro por cuatro agujeros; la rama interior seria de cuentas doradas; el feston exterior de cordoncillo de oro.

Cuello de realce.

Se borda sobre muselina fina atravesada por una tira de tul de Bruselas, que puede reemplazarse con un entredos de encage.

Tira de tapicería.

Este dibujo reproduce hojas de diferentes colores, sobre un fondo azul; se las puede hacer de un solo color,—castaño ó gris,—sobre un fondo grosella, verde, etc.



LIMPIA-PLUMAS.

HOJAS SUELTAS.

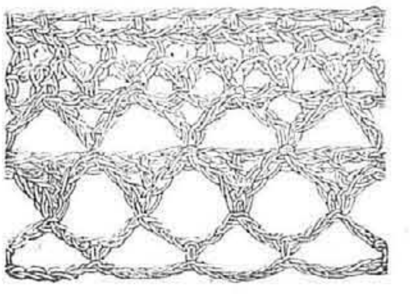
VIAGES LIJEROS ALREDEDOR DE VARIOS ASUNTOS

POR

José Selgas y Carrasco.

(Continuacion.)

Se trasforma un hombre, se descompone su semblante, se desordenan sus miembros; pero todavía es Juan, aquel Juan que ha ido con nosotros á la escuela: es el mismo, el mismisimo Juan; á nadie *se le ocurre dudarlo.— Pero suponed que no ha esperimentado en su persona tras*formacion ninguna; que su semblante no ha sufrido variacion, ni sus miembros han perdido la forma primitiva, ni siquiera se ha quedado calvo; pero ha perdido su nombre y ha tomado otro; es decir, ha dejado de ser Juan. Entonces ya no le conoceis. Vosotros no conociais mas que á Juan y ese no es Juan.



ENCAGE DEL GORRO DE DORMIR.

Todo lo mas que os podeis permitir es una exclamacion que acaba con la duda que pudiérais tener.—¡Qué diablo! dec's. ¡Cómo se parece á Juan!— El nombre es el único conocimiento sólido que tenemos de los hombres.

Si fuera posible que una mañana amanecieran los habitantes de un pueblo con nombres distintos de los que tenian el dia anterior, la confusion seria espantosa.

Imaginaos á una mujer honrada despertando al lado de un hombre que no es Pedro, aquel Pedro con quien se habia casado ante Dios y el mundo.

Imaginaos una novia próxima al matrimonio, cuyo novio ha desaparecido.

Imaginaos, en fin, un prestamista cuyas víctimas se han escapado, dejándole por toda garantía una lista de nombres sin personas. Esto es, una coleccion de bolsillos vacios.

Lo que sucederia con los hombres, eso mismo sucede con las cosas.

Cambiad repentinamente los nombres de las calles de una poblacion y vereis cómo nadie sabe donde vive.

Todos hariamos la misma pregunta que me dirigió una noche un pellejo de vino que se me apareció bajo la forma de un gallego.

Como él todos preguntariamos: —¿Sabe V. dónde está mi casa?

Esto mismo sucede con las ideas.

Cada dia amanecen con nombres distintos.

Cada uno tiene su almanaque, su religion y su *libertad* para bautizarlos á su gusto.

Hay una porcion de cosas que, como á los niños á quienes se les ha bau*tizado con el nombre de César*, de Anibal ó de Sócrates, llevan como lo mas natural del mundo, los nombres de Derecho, de Razon, de Justicia y de Moralidad.

El nombre es el secreto de todas las cosas.

Pero si á una silla le basta llamarse silla y á una estafa negocio, y á la licencia libertad; el hombre, superior á las cosas y á las ideas, rey de la creacion y dueño del universo, necesita mas que un nombre.

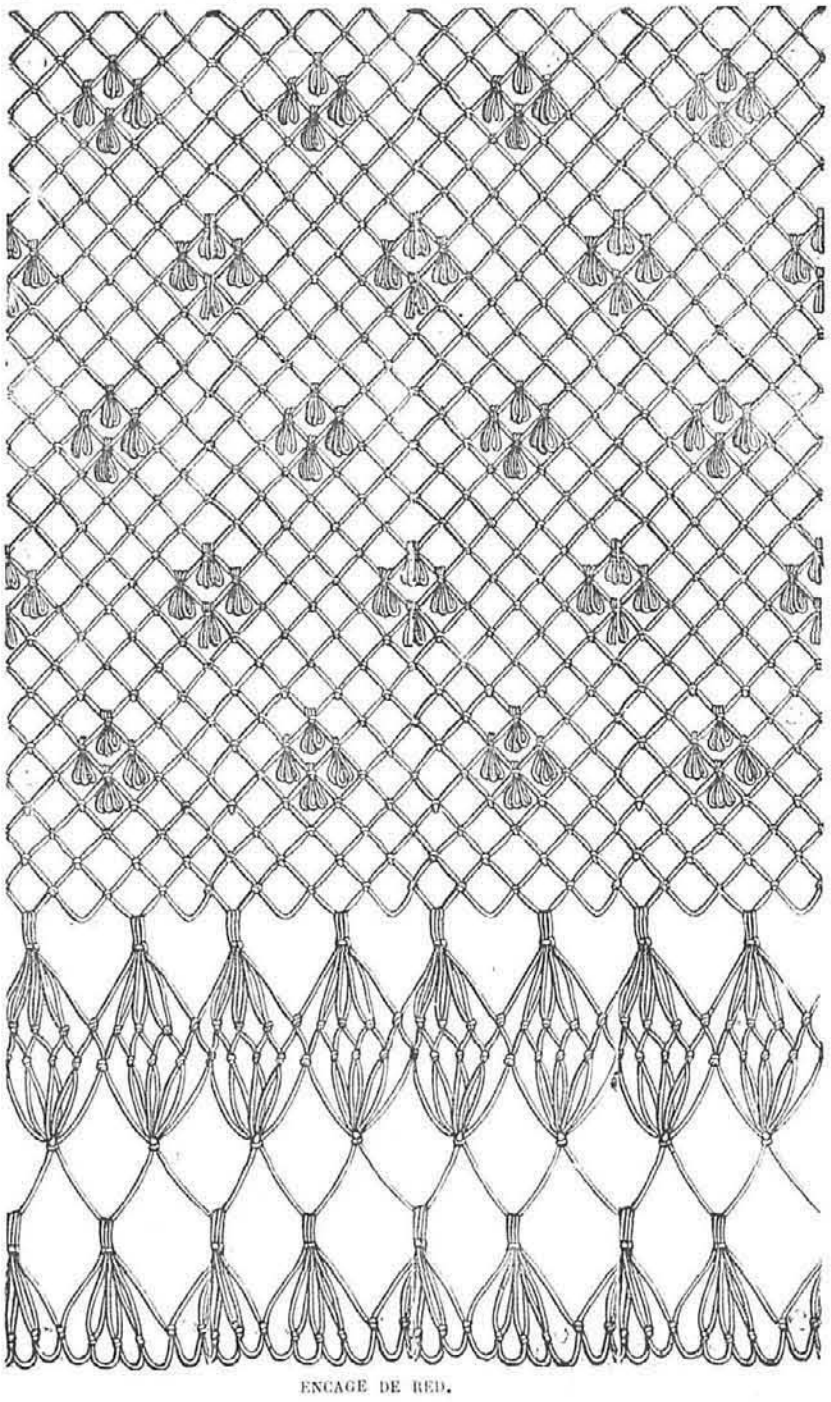
Juan solo puede ser Juan hasta los quince años.

Desde ese momento el nombre de Juan no le basta, es preciso que adquiera un título que añadir á su persona.

Entonces empieza á trabajar asiduamente para alcanzar mas tarde ese título indispensable.

Unos encuentran el título de abogados; otros el título de funcionario públicos; otros alcanzan el título de vagos.

Al que ha nacido marqués ó conde ó duque, no por eso el mundo le perdona el título que tiene obligacion de adquirirse por sí mismo. — Entonces



ENCAGE DE RED.

busca en los salones el título de gran partido, en casa del sastre el título de elegante.

Los que no tienen ni siquiera la aptitud necesaria para alcanzar el título de poeta, de escritor público ó de filósofo, buscan sin descanso los títulos de la deuda.—Todavía el hombre sobre el nombre y sobre el título necesita el epígrafe.

No le basta el título de médico, necesita el epígrafe de *médico de cámara*.

No le basta el título de carpintero, necesita el epígrafe de *carpintero de la casa real*.

No le basta el título de comerciante, necesita el epígrafe de *Precio fijo* ó *La Corona de oro* ó *Al siglo XIX*.

No le basta el título de poeta, escritor público ó filósofo; necesita el epígrafe de *diputado*, de *senador* ó de *ministro*.

No le basta el título de bolsista, necesita el epígrafe de *banquero*.

No le basta el título de vago, necesita el epígrafe de *usurero*, de *jugador* ó de *petardista*.

El que no alcanza su título y su epígrafe, no será nunca mas que Juan ó Pedro ó Antonio; esto es, un hombre desconocido; tan desconocido, que si no llevara el nombre de Juan, de Antonio ó de Pedro, no existiria.

El nombre es indispensable para existir; es como si dijéramos, la respiracion de las cosas.

El nombre es muchas veces un signo de fortuna ó de desgracia.

La casualidad ha presentado ejemplos que prueban la influencia feliz ó funesta del nombre.

Imagínense ustedes un médico que se llame Mata.

Pasen ustedes la consideracion sobre un poeta que se llame Malo; sobre un actor que se llame Silva.

Consideren ustedes un sastre que se llame Caro.

Pero donde se vé un terrible sarcas-

© Biblioteca Nacional de España

mo es en un pobre que se llame Rico.

Todavía el nombre lleva mas allá el culpable placer de sus crueldades. — Hé aquí un ejemplo:

Conozco á un honrado artesano que se llama Arañó. El último cólera lo dejó viudo, y queriendo dar un testimonio sencillo y tierno del amor que profesaba á la madre de sus hijos, *hizo colocar una lápida* modesta sobre la sepultura con esta inscripcion breve y elocuente:

ARAÑÓ
A SU MUJER.

Algunas veces se entretiene tambien el nombre en confundir los hombres y las cosas. — Véase otro ejemplo:

En un *taller* donde se fabrican marcos para cuadros y espejos con toda clase de adornos, hay un letrero fastuoso por lo grande y por lo dorado, que dice:

MARCOS MOLDURAS.

Yo no sé si es el nombre del dueño del taller ó es el nombre de los objetos que allí se fabrican.

Me divierte esta duda y no quiero salir de ella.

De la misma manera hay nombres que llevan consigo la fortuna, como D. Juan Tenorio llevaba el escándalo.

Imagínense ustedes un soldado que tenga la ventura de llamarse Valiente.

Por mas que huya, nadie tendrá derecho á negarle el nombre de valiente. — Existe en Madrid una taberna célebre, cuya prosperidad va en aumento.

Saben ustedes de qué depende su fortuna? De que el dueño tiene un nombre que llena todas las medidas.

Encima de la puerta hay una tablilla en la cual campea esta combinacion de silabas, que se derrama gritando;

COLMADO.

Escuso decir la felicidad del que se llama Franco. — En Paris que tantas cosas se dan, se hacen y se dicen por un franco, todo debe ser suyo.

¡El nombre! En lo que con tanta facilidad se dá, se quita y se *cambia consisten generalmente* las relaciones que tenemos con los hombres, con las cosas y con las ideas.

Este mundo es una perfumería, donde es preciso que cada tarro tenga su rótulo, porque ese rótulo es el que compran los consumidores.

Comerciante ó poeta, albañil ó fondista, el hombre lo que necesita es nombre.

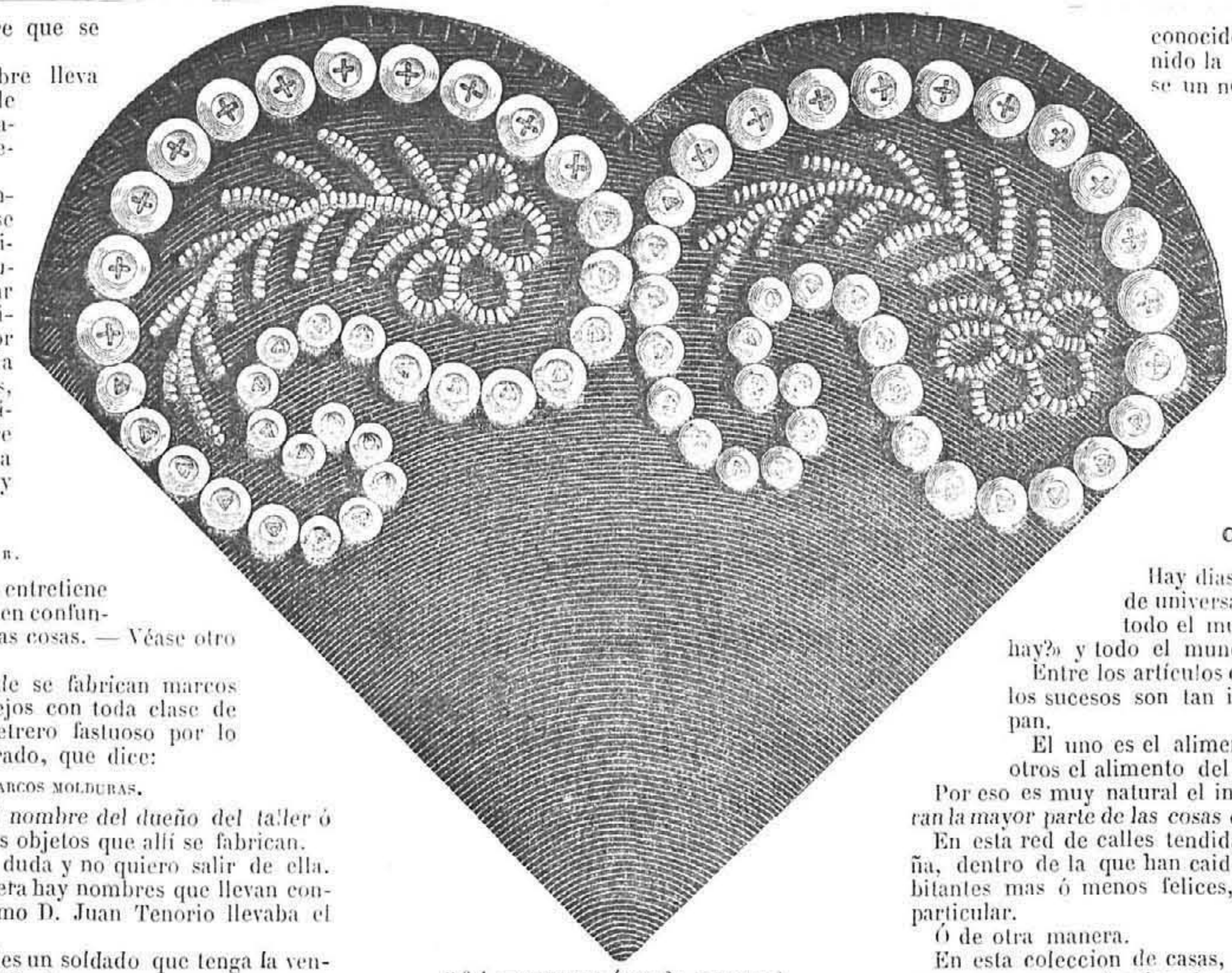
¡Cuántos genios pasarán por la vida desconocidos, porque no han tenido la prevision de buscarse un nombre!

¿Qué queda de Só*crates*, de *Alejandro*, de Homero y de Licurgo?

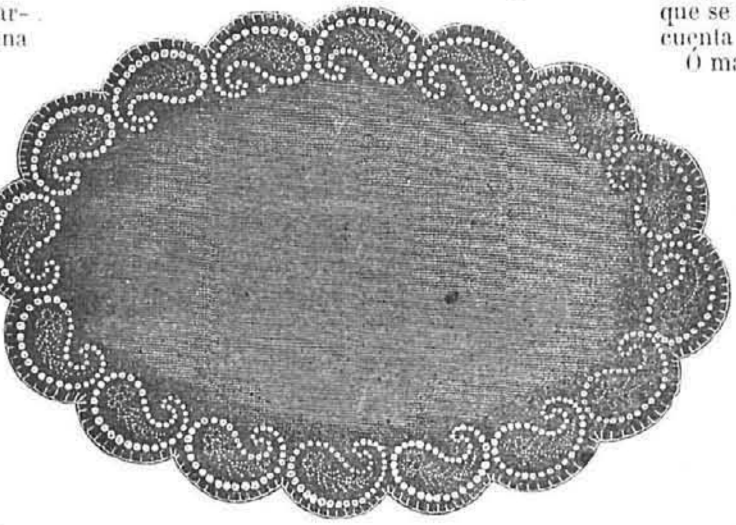
El nombre.

Decia Arquimedes: dadme una palanca y un punto de apoyo y levantaré el mundo. — Yo pido menos para hacerme mucho mas.

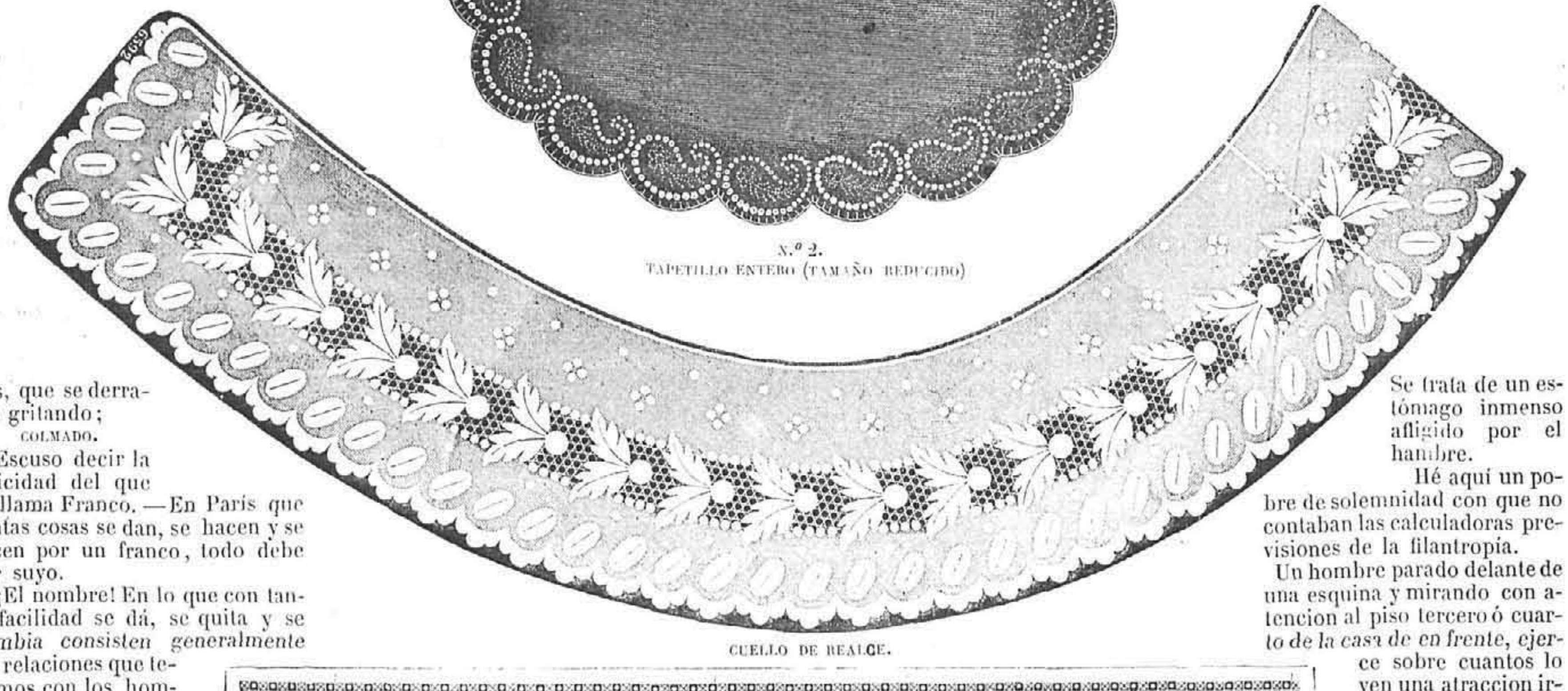
Dadme *nombre* y me comprometo á vivir hasta el fin del mundo.



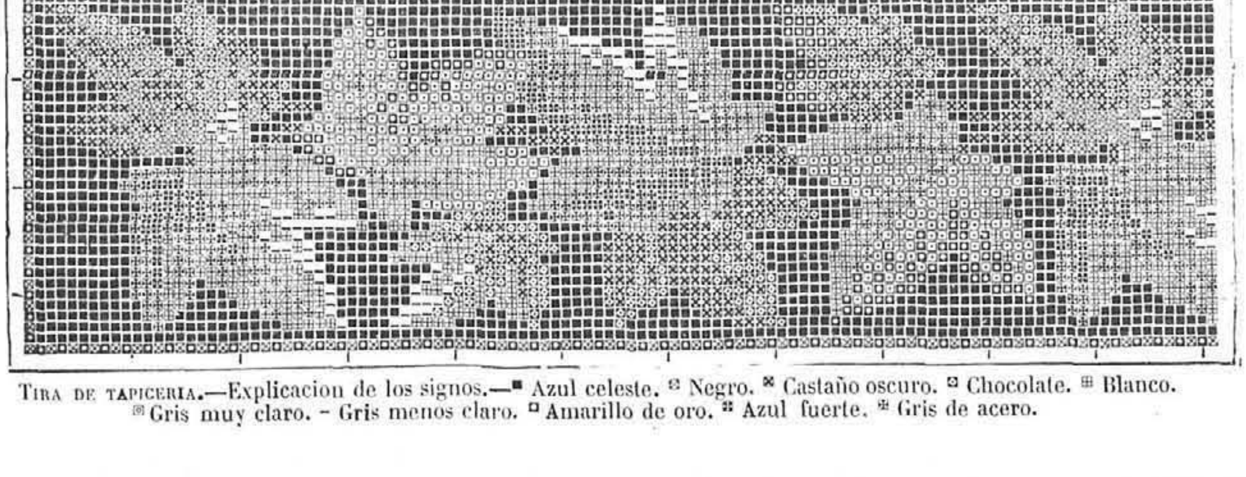
N.º 1.—TAPETILLO (TAMAÑO NATURAL.)



N.º 2.
TAPETILLO ENTERO (TAMAÑO REDUCIDO)



CUELLO DE REALCE.



TIRA DE TAPICERIA.—Explicacion de los signos.—■ Azul celeste. ⊡ Negro. ☒ Castaño oscuro. ◘ Chocolate. ⊞ Blanco. ⊠ Gris muy claro. - Gris menos claro. □ Amarillo de oro. ⌗ Azul fuerte. ✢ Gris de acero.

Curiosidad.

Hay dias insustanciales, dias de universal ignorancia en que todo el mundo pregunta: «qué hay?» y todo el mundo contesta «no sé.»

Entre los artículos de primera necesidad los sucesos son tan importantes como el pan.

El uno es el alimento del cuerpo, los otros el alimento del alma.

Por eso es muy natural el interés que nos inspi*ran la mayor parte de las cosas que no nos importan.*

En esta red de calles tendida en medio de España, dentro de la que han caido trescientos mil habitantes mas ó menos felices, no ocurre nada de particular.

Ó de otra manera.

En esta coleccion de casas, que bien puede tomarse por una coleccion de nudos dentro de los que se ahogan mas ó menos lujosamente unas cincuenta mil familias, no hay nada de nuevo.

Ó mas claro.—En Maárid donde todo pasa, hemos llegado á unos dias en que no pasa nada.

La curiosidad pública, esa necesidad activa de los tiempos modernos, no encuentra nada que devorar.

El corazon menos sensible no podrá mirar con indiferencia semejante infortunio.

Se trata de un estómago inmenso afligido por el hambre.

Hé aquí un pobre de solemnidad con que no contaban las calculadoras previsiones de la filantropía.

Un hombre parado delante de una esquina y mirando con atencion al piso tercero ó cuar*to de la casa de en frente*, ejerce sobre cuantos lo ven una atraccion irresistible.

El primero que pasa se le acerca, toma su misma actitud, y observa con el mismo afan.

Pasa otro y son tres.

A los cinco minutos la calle está llena de gente.

El primer curioso, cansado ó satisfecho, se escurre entre la multitud y desapare-

© Biblioteca Nacional de España

ce.—Los últimos que llegan preguntan: «¿qué es?» y todos contestan: «no se sabe.»

Esto redobla el interés. ¡Quién se va sin averiguar el suceso!

A la gente de la calle se añade la gente de los balcones.

La curiosidad es impaciente y se adelanta ella misma á desenlazar aquel misterio.

Aquí los espectadores se hacen comunicativos y se dá principio á los comentarios.

Se empieza suponiendo y se acaba afirmando.

Cada cual se lleva la verdad del suceso segun lo que él mismo ha visto y oido.

Al dia siguiente dice un periódico.

«Ayer intentaron robar una casa de la calle de... Los ladrones tuvieron tiempo de evadirse y los vecinos vieron á uno escaparse por el tejado.»

Esto se dice.

Otro periódico:

«Parece que la casa número tantos de tal calle amenaza ruinas. Nos comunica esta noticia una persona de las que ayer tarde estuvieron observando el desnivel repentino que ha presentado la pared foral del edificio. Llamamos la atencion de quien corresponda para que se tomen las medidas convenientes á fin de evitar desgracias.»

Esto se oye.

Otro periódico.

«Se nos asegura que ayer fué descubierta una casa de juego en la calle de...»

Un curioso es el orígen de tanta inquietud y de tanta noticia.

Todo es una consecuencia natural del deseo de saber que nos devora.

Yo creo que los hombres viven en sociedad por saber cada uno lo que pasa en la casa del otro.

Los sabios no son mas que unos curiosos que no pueden vivir si no averiguan los secretos de las ciencias.

LE MOULIN DE MILLY.

PAROLES D'ALPHONSE DE LAMARTINE. Reproduction interdite. MUSIQUE DE HENRY BRUN.

2e COUPLET.

Une verte pente
Trace les sentiers
Du flot qui serpente
Sous les noisetiers;
L'écluse champêtre
L'arrête au niveau,
Et de la fenêtre
La main touche l'eau.

3e COUPLET.

Sous la feuille morte,
Le brun rossignol
Niche vers la porte,
Au niveau du sol;
L'enfant qui se penche
Voit dans le jasmin
Ses œufs sur la branche,
Et retient sa main.

4e COUPLET.

L'onde qui s'élance
Égale et sans fin,
Fait battre en cadence
Le pouls du moulin;
A chaque mesure
On croit écouter
Sous cette nature
Un cœur palpiter.

© Biblioteca Nacional de España

Buffon descubriendo al mundo todos los pormenores de la vida intima del caballo salvage, no hace mas que la vecina del cuarto segundo descubriendo á su tertulia todos los pormenores de la vida íntima de la familia que habita en el cuarto inmediato.

Mas pronto circulan los descubrimientos de la vecina que las observaciones de Buffon.

A este deseo insaciable de saber debe seguir naturalmente la sabiduria universal.

Me detengo á reflexionar ante tan halagüeña perspectiva.

He reflexionado profundamente y continúo.

El mundo va á ser una cátedra pública, los libros de texto serán *La crónica de la capital*, *Las gacetillas de provincias*, *El boletin del extranjero*.

Las luces van á propagarse de manera que la noche vá á quedar reducida á la triste condicion de un hecho histórico.

El sueño caerá naturalmente en desuso como una preocupacion, como una supersticion vergonzosa de los tiempos bárbaros. ¡Quién podrá madrugar entonces!

¡Curiosidad! hé aqui el movimiento mas activo de la especie humana en general y de la gente de Madrid en particular.

(Se continuará.)

De oro brillante y puro
son, de la luz encanto,
los abundantes rizos
de sus cabellos blandos.

Son, en union que forma
contrastes delicados,
perlas finas sus dientes,
limpio coral sus labios.

Ostenta, compitiendo
lo suave y lo blanco,
de nácar las megillas
y de marfil las manos.

De seda son las largas
pestañas de sus párpados,
y de sus cejas puras
los arrogantes arcos.

Azules son sus ojos,
limpios, brillantes, claros;
deben ser sus pupilas
de terciopelo y raso.

En una y otra muestra
ricamente engastado
un brillante que lanza
magníficos relámpagos.

Su aliento es el perfume
de las rosas de mayo,
y su voz armoniosa
es mas que voz un canto.

Sus palabras son néctar
que embriaga al gustarlo,
su frente y su garganta
son hechas de alabastro.

Todo es en ella rico,
fino, espléndido y caro.
¡Soberbia joya!... solo
su corazon es falso.

JOSE SELGAS.

—10—

LA VIRGEN DE LAS LILAS.

NOVELA ORIGINAL

DE LA

Señora Doña Maria del Pilar Sinués de Márco.

(Continuacion.)

XI.

Algunos dios han pasado.

La luna clara y tibia de Setiembre, penetra en la habitacion de Magdalena, por el balcon abierto de su cuarto, porque son las nueve y media de la noche.

Magdalena sentada delante de su piano repasa la leccion, que aquella misma mañana habia escrito el marqués en su cuaderno de música.

Las primeras horas de la noche ó mas bien las tres horas que habian pasado, desde que habia comido en compañia de su hermana, la habia ocupado Magdalena, leyendo, pues acabada la comida se habia retirado á su cuarto.

Clara seguia mas dulce con ella, pero tambien mas pensativa, mas triste, mas preocupada: apenas habian hablado durante la comida: pero Magdalena advirtió que muchas veces los ojos de su hermana, al fijarse en ella, estaban cubiertos de lágrimas.

Al levantarse de la mesa, una de las amigas de Clara vino á buscarla para ir al teatro. Magdalena se retiró á su cuarto, y *sentándose delante del piano empezó*, como ya he dicho, á repasar su leccion.

Al dar las diez ménos cuarto, en el reloj de una pieza contigua, entró el marqués.

Magdalena dejó el piano, y corrió hácia él para recibirle: su semblante *se tornó* en el mismo *instante* alegre y tomó una de sus manos con expresion de inocente y cariñoso enfado.

—Vaya una hora de venir, Pablo! exclamó ¿qué has hecho? ¿dónde has estado? por qué me has olvidado esta noche?

—Un amigo me entretuvo, querida Magdalena, contestó el marqués sentándose en el divan y haciendo sentar á su lado á Magdalena.

—*¡Eso es! ahora nos sentamos... ¿á qué* hora acabaremos la leccion? ¿ó es que la suprimimos esta noche?

—¿Suprimirla? no por cierto, repuso el marqués: no quiero renunciar al placer de oir cantar porque lo haces como un ángel.

—¡Lisonjero!

Pablo no contestó á esta frase, que Magdalena dijo un tanto ruborizada: embebido en contemplar á la jóven, apenas la habia oido.

En el alma de aquel hombre, se habia ido verificando una transformacion completa.

Amaba, y quizá amaba par la primera vez de su vida, con ese amor fresco como el primero, grande y fuerte como el último.

Amaba á Magdalena, *pero no como* habia amado á Clara: no con el ardor, con la inquietud, con el pertinaz recelo, que hace desear que la pasion se acabe ó se aminore, para vivir tranquilo; el amor de Pablo hácia aquella niña, sola, pobre, huérfana, desamparada, estaba llena de una dulzura *inefable, infinita, indescriptible.*

Aquel amor habia caido en su corazon, como descendido del cielo, á la manera que el rocio se infiltra gota, á gota, entre las hojas vacias y las corroidas raices de una planta marchita y enferma, devolviéndole el jugo y la sávia de la vida.

Primero fué un tierno interés lo que sintió hácia Magdalena: casi abandonada por su hermana, veiala por decirlo así, revivir bajo su mirada, y á influjo de sus cuidados; el era quien le daba con la *música*, y con los libros que le elejia con el mayor esmero, la vida del alma que necesitaba, despues de tan largo tiempo de pesares, de pobreza y de angustia.

Poco á poco los encantos de aquella alma que él habia arrancado de una melancolía mortal, de aquel corazon que él sanaba con sus cuidados, de aquel carácter abatido por la orfandad y por el dolor, ejercieron una penetrante influencia en los sentimientos del marqués. Su mujer amaba á otro, y esta terrible verdad le martirizaba hacia ya mucho tiempo: la sociedad lo murmuraba y las costumbres de su mujer se lo decian: y aunque él con secreta amargura se reconocia el mas culpable de los extravios del corazon de Clara, era hombre al fin, y *no podia ménos de acusarla con acritud*, y *de jurar la* venganza en el fondo de su pecho.

Solo al ver la sonrisa de lástima con que le saludaban sus amigos, solo al observar el género de vida de su esposa, pensó el marqués en lo fácil que le hubiera sido conservar su felicidad doméstica y en lo imposible que es el recobrarla cuando una vez se ha perdido.

Pero ¡ay! que todas estas reflexiones venian ya muy tarde para su reposo!

Buscó un motivo; un pretesto para perdonar á Clara y no le halló...

¡Sus hijos habian muerto, y la madre no podia ya alcanzar piedad para la esposa!

El marqués sufria... sufria horriblemente... era bueno, *pero justo é inflexible para la virtud.*

Ningun extravío le reprendia su conciencia, respecto de su corazon: los enemigos de Clara habian sido únicamente, la caza, la politica, y esa fatal franqueza, que casi todos los maridos, se permiten con sus esposas.

Por estas reflexiones, lejos de atenuar la cólera que ardia en su pecho la avivaban mas y mas: y durante un mes entero, no durmió una sola noche, no obtuvo un solo instante de reposo pensando en los medios de averiguar toda la verdad, por amarga que fuese, y de castigar al seductor, que cubria su nombre con el mas odioso ridiculo, y robaba el corazon de su esposa.

Ya se ha visto el resultado de su entrevista con aquella.

Clara era mas desgraciada que culpable: pero demasiado orgullosa para mentir, demasiado ruda en su franqueza le habia dicho toda la verdad.

No le amaba.

Amaba á otro.

Aquella herida hubiera sido mortal en otra ocasion para el corazon del marqués: pero al recibirla, tenia ya para escudo, grabada en él la pura y dulce imágen de Magdalena.

—Voy á cantar mi leccion, dijo la jóven sin que advirtiese la mirada de fuego, que fijaba en ella el marqués; siéntate hermano, y la acompañarás.

Pablo ocupó la banqueta colocada delante del piano, y Magdalena abrió el libro de música buscando la página en que estaba escrita la última leccion.

La inocente ocupada en este cuidado, no advirtió tampoco la mirada profunda, con que el marqués contemplaba su lindo brazo redondo aunque adelgazado por la miseria y su gracioso y flexible talle.

Cuando Magdalena hubo encontrado lo que buscaba, se separó, y Pablo volvió en si.

Preludió dando un suspiro, y luego acompañó la leccion de Magdalena que la cantó sin ninguna interrupcion.

Era una barcarola sencilla, tierna, amorosa, llena de melancolia.

Antes de conocer á Magdalena, el marqués no hubiera sabido componer aquella encantadora melodia, porque el amor es lo que inspira á los artistas, que sin él, no pueden vivir.

Cuando la jóven acabó de cantar, sus ojos estaban arrasados de llanto.

Ni una palabra siguió á la última nota de aquella cancion.

Callaba el marqués y callaba tambien Magdalena.

Él, como mas fuerte, fué el primero que sacudió aquel peligroso arrobamiento.

Levantóse y se dirijió á la puerta.

—¡Adios Magdalena! dijo desde el umbral.

La jóven dió dos pasos hácia él.

Estaba pálida y temblorosa, porque una terrible intuicion le decia lo que pasaba en el corazon del marqués.

Al rumor de sus pasos, se volvió Pablo: en sus ojos habia dos lágrimas: á través de aquellas dos gotas de llanto, Magdalena vió fija en ella la mirada llena de amor y de desesperacion del esposo de su hermana.

Entonces volvió la cabeza con espanto, y con su mano, hizo al marqués un signo de despedida, lleno de nobleza y dignidad.

Salió el marqués. Magdalena, cayó de rodillas, ocultó su semblante entre las manos y prorumpió en amargo llanto, asustada de lo que sentia dentro de su corazon.

XII.

El que dice que jamás ha sentido mas que aquello que debia sentir, es por cierto bien dichoso.

El que afirma que ha regulado siempre sus pensa*mientos*, y los latidos de su corazon por las severas reglas del deber, es mas digno de envidia, que todos los reyes, que todos los poderosos de la tierra.

Pero ¡ay! ¿á qué envidiarles aunque asi lo afirmen, si casi podemos tener la certidumbre, de que al afirmarlo, se engañan á sí mismos?

¡Pobre humanidad, que sin cesar batallas entre dolores, y que llevas el castigo de tus faltas, en tus faltas mismas! ¿no es mas soberbia que te creas buena é intachable, cuado solo eres imperfecta?

Hay virtudes, á las cuales yo, con sobrado atrevimiento quizá doy solo el dictado de *nulidades*.

Porque su fortaleza, es solo la inaccion de una alma fria, y exhausta de pasiones.

Los que poseen ese feliz y privilegiado organismo, pueden aclamarse *buenos*, y nosotros podemos aclamarlos *dichosos*, sin temor de equivocarnos.

Mas los que luchan á brazo partido con las borrascas de la vida: los que cruzan mil veces el océano del dolor, asidos á esa débil tabla que se llama *razon*, y que es tan frágil para combatir las tormentas de las pasiones. esos desgraciados se engañan ó nos engañan al hablarnos de fortaleza de dicha, y de tranquilidad.

Magdalena pasó en vela, orando y llorando, la noche que siguió á su entrevista con el marqués: á aquella entrevista en la cual habia comprendido el amor hácia ella del único protector con quien podia contar en la tierra.

Cuando la luz del nuevo dia penetró por la ventana abierta, se levantó y rendida por los dolorosos pensamientos, que la habian ajitado toda la noche, se dejó caer en el divan de seda.

Su fisonomia se habia transfigurado.

© Biblioteca Nacional de España

Aquellas largas horas de insomnio y de dolor, habian convertido á la niña, pura, inocente, ignorante de la vida, en una pobre mujer, afligida, mártir, pero valiente para luchar contra la tentacion, y para salir victoriosa de las pruebas que Dios quisiera enviarla.

Llamaron suavemente á la puerta y Magdalena haciendo un esfuerzo para serenarse fué á abrir.

Era Rita que en el espacio de la noche habia llamado varias veces, sin que su señora la oyese.

—¿Ha estado V. enferma, señorita? preguntó la camarera, al ver el semblante pálido y abatido de Magdalena.

—No, repuso esta: he dormido muy bien.

—La señora marquesa vá á dar un paseo á caballo, y ha dicho, que no almorzará en casa: por tanto V. almorzará cuando guste.

—Voy á salir, respondió Magdalena. Rita, tráeme ese trage liso de lanilla, que me envió ayer la modista.

—Por supuesto, yo acompañaré á V.

—No: saldré sola.

Rita abrió los ojos asombrada.

—Mando poner el coche? preguntó despues anhelando indagar lo que pensaba hacer la jóven.

—No, respondió esta, saldré á pié.

—¿A pié, y sola, señorita? exclamó Rita sin poder dominar su sorpresa.

—Si, respondió la jóven.

—Pero ¿no vé V. que está mal visto?

—No te pido ni parecer, ni consejo, Rita, contestó Magdalena volviéndose con una dignidad suprema: dame un pañuelo grande, y una mantilla y retírate.

La jóven camarera abedeció no sin echar antes sobre su señora una mirada de soberano desden.

Detrás de ella, salió Magdalena vestida sencillamente de negro, y llevando echado el velo de tul de su mantilla.

Al pasar por el vestíbulo, volvió sin quererlo y hasta sin saberlo sus ojos, á las ventanas de la habitacion del marqués.

Solo una habia abierta: pero apoyado en el marco, y semejante á un hermoso bajo relieve, vió Magdalena á Pablo.

Como ella, parecia haber vivido diez años durante las horas de aquella noche.

Estaba pálido, triste, y su abatida mirada se fijó en Magdalena, que bajó la escalera con paso firme.

Cruzó el laberinto de calles que llevan desde la de San Francisco á la Ancha de San Bernardo, que son las mas populosas de Madrid y se dirijió á la humilde casa que habia ocupado con su anciano padre.

Magdalena, huia con la cabeza y el corazon destrozado del suntuoso palacio de su hermana, é iba á pedir auras puras y tranquilidad al pobre asilo de su niñez.

Ya estaba la tiendecita abierta.

Rosa, la linda hija de la lavandera Nicolasa, sentada detrás del mostrador, cosia una falda de bautismo de muselina blanca de escaso precio, adornada con encages de algodon.

Era una preciosa muchacha de la edad de Magda-

Su estatura mas bien baja que alta, era perfectamente torneada: su semblanre rosado y fresco, estaba animado por sus alegres y vivaces ojos negros, cuya mirada era grata como una caricia.

(Se continuará.)

—11—

EL DOCTOR ANTONIO.

(Continuacion.)

El doctor Yorke agitó su mano blanca y torneada como si recusara modestamente la lisonja, y Antonio prosiguió diciendo.

—Si, ha sido una honra y una satisfaccion. Pero basta de palabras entre amigos, prosiguió el italiano, no quiero haceros perder tiempo. Si sir John hubiera tenide la bondad de decirme esta mañana que os esperaba, añadió clavando la vista en el baron, no me habriais hallado ausente.

Sir John sintió estas palabras que le caian como un peso sobre la conciencia y se calló, felicitándose de no haber tenido tiempo para hablar de la sangria, su segunda queja contra Antonio.

—Estoy á vuestras órdenes, doctor Yorke, exclamó este último; pero antes de ir al cuarto de miss Davenne, debemos informarnos de si está ó no preparada...

—Nada sabe, respondió sir John.

—En ese caso, repuso el italiano, quizá podria alarmarse viendo entrar á dos médicos.

—*Es verdad, dijo el doctor inglés en forma de aparte.*

—Naturalmente puede suponer, continuó Antonio, que su posicion es grave.

—Soy de la misma opinion, dijo el doctor Yorke con una sonrisa; mucho seso en cabeza jóven, sir John.

Sir John habria deseado que el doctor Yorke no gastara bromas.

—Me parece, añadió el italiano, que podriamos presentar al doctor Yorke como un amigo mio...

—Y es la pura verdad, interrumpió Yorke.

—Un amigo que he encontrado por casualidad en el camino de Niza, y á quien he suplicado yo que viniera aqui para que me diera su opinion con respecto á la enferma.

Aprobada esta proposicion, sir John fué á decir á su hija que la iban á visitar los dos facultativos.

Cuando los dos médicos se quedaron solos, Antonio dijo á su colega:

—Aprovecho este momento para preveniros que el caso en cuestion es muy grave; se trata de una pierna rota y de un pié horriblemente estropeado.

El doctor Yorke hizo una mueca exclamando:

—Malo, muy malo.

—Pues si, señor, prosiguió Antonio; una complicacion de las mas desagradables. No queriendo alarmar á la enferma, que es una niña muy delicada, dije que no era mas que una torcedura del tobillo, y cuando me hallaba á punto de instruir al padre de la verdadera naturaleza del accidente, le vi inquietarse de tal modo que me faltó el valor, sobre todo al reflexionar que iba á estar condenado á quedarse aquí en medio de extraños. Ahora conozco que quizá hice mal, y si pensais que debemos declararle...

—No por cierto, interrumpió con presteza el doctor Yorke; ¿de qué nos serviria? Habeis obrado á las mil maravillas.

Y tomando la mano de Antonio la estrechó fuertemente.

Hutschin entró á poner un término á la sensibilidad del médico inglés, anunciando que su señorita estaba dispuesta á recibirles.

Los facultativos siguieron á la doncella y entraron en el aposento de miss Davenne dándose el brazo, para quitar á la enferma todas las dudas que habria podido conservar relativamente á su amistad.

El italiano presentó al inglés oficialmente como su colega y amigo.

El doctor Yorke, siguiendo este órden de ideas, habló de mil cosas indiferentes á la enferma, que hizo al doctor una recepcion cortés, pero muy fria.

El exámen del pié apenas duró un minuto.

Despues de algunas preguntas de pura fórmula hechas por el doctor Yorke, se dió por terminado el asunto, y los dos facultativos se retiraron así como sir John.

En la sala hallaron una mesa puesta con un suculento refrigerio, gracias al previsor John, que habia aprovechado su viaje á Niza para traer una provision de vaca, té y manteca fresca como para seis meses, y que habia llenado todos los rincones disponibles del coche con frioleras y vinos escojidos.

Sir John y el doctor inglés se sentaron á la mesa. El doctor Antonio se negó cortesmente á admitir el convite del baron, y se colocó de modo que daba frente á los dos personajes. Siguió una pausa que él interrumpió dirijiéndose al doctor Yorke:

—Como no puedo disponer de mucho tiempo, os pediré permiso para entrar de lleno en la cuestion que debe ocuparnos. La presencia de sir John me es tambien importante.—A fin de que podais juzgar el caso, voy á recapitular brevemente las circunstancias y á someteros en seguida...

—Mi querido doctor Antonio, eso es completamente inútil, se apresuró á responder el doctor Yorke. El satisfactorio estado de vuestra enferma demuestra el mérito de vuestro tratamiento.

—Gracias, dijo el doctor Antonio; pero yo tengo mis razones para proceder metódicamente en este asunto. ¿Me permitis que os diga como lo entiendo?

—Seguramente, respondió el doctor Yorke, presintiendo que se acumulaba una tempestad sobre su cabeza.

—La primera vez qué vi á miss Davenne, principió el italiano, es decir, inmediatamente despues del accidente, la encontré tendida sobre la playa, completamento desmayada. Como los medios que se emplean en tales casos no produjeron ningun efecto, y como por otra parte no veia ninguna lesion externa que explicara aquella síncope tan prolongada, temí una conmocion en el cerebro y me preparaba á sangrarla cuando la señorita se reanimó, y con sus exclamaciones llamó mi atencion sobre su pié derecho. Al examinar el mal reconocí que el tobillo estaba torcido de ese modo particular que os dije antes de que viérais á la enferma.

El doctor Yorke hizo una señal de asentimiento muy significativa.

—Hice los mejores vendajes que pude con unos pañuelos y me fui á mi casa á buscar un apósito conveniente; ya le habeis visto: ¿merece vuestra aprobacion?

—La mas completa, dijo el doctor Yorke, es cosa que haria honor al mejor cirujano. Raro talento que deberian tener muchos de nosotros.

El doctor Antonio se inclinó ligeramente y continuó:

—Luego mandé colocar á la jóven en una especie de camilla, único modo de trasporte que podia emplearse, y la instalé en esta casa recomendando mucho que se guardara de todo movimiento, bajo pena de consecuencias muy fatales. ¿Pensais que mi prudencia fué excesiva?

—*No por cierto, no por cierto, mi querido amigo,* dijo el doctor Yorke, mas deseoso á cada nuevo detalle de impedir que estallara la tormenta. La precaucion nunca está de mas, y vos no sois de esos hombres que se apuran por poca cosa. El pié es un miembro muy delicado, continuó volviéndose hácia sir John, lleno de ligamentos, de tendones y... en fin es una cosa sumamente escabrosa. Para cuidar un pié hay que andar con tiento.

—Como sir John, continuó Antonio, deseaba naturalmente proseguir su viaje, creí deber advertirle que lo menos en cuarenta dias no podria caminar miss Davenne. ¿Pensais que he dilatado el plazo?

—Quisiera poder decir que sí, respondió el médico inglés, pero no puedo; tengo que convenir con vos en que miss Davenne no podrá moverse durante mucho tiempo.

Sir John lanzó un hondo suspiro, y el rayo de esperanza que iluminaba su rostro desapareció completamente.

—Todo eso, prosiguió Antonio, pasaba el sábado por *la tarde. El domingo por la mañana vi que la enferma* no estaba bien; nada de sueño, mucha sed, los labios secos, mucha agitacion y el pulso á 120. No vacilé un instante ya.

—La habreis sangrado, naturalmente, dijo el doctor Yorke.

Desde aquel momento sir John aborreció á su compatriota.

—Si, la sangré, respondió Antonio; ¿lo habriais hecho vos?

—Sin duda alguna, los sintomas lo ordenaban.

—Por la tarde á eso de las seis la fiebre habia disminuido, y esta mañana despues de una buena noche de dencanso habia desaparecido por completo. La enferma, como vos decis, se halla en un estado satisfactorio. Nada mas tengo que añadir respecto al accidente, añadió el italiano.

—Y yo, exclamó el doctor Yorke con una animacion que tenia por objeto dar satisfaccion á la legítima cólera de Antonio, y hacer comprender al baron la necesidad de reconocer los servicios prestados, y yo no puedo decir mas que una cosa; continuad, y la jóven quedará sana.

—Muchas gracias, dijo Antonio con cierta reserva.

Y volviéndose hácia sir John, añadió:

—¿Supongo que estais satisfecho?

El baron sin saber qué decir hizo un saludo.

—Ahora, repuso el doctor Antonio levantándose, concluyo diciendo que dejo á la enferma en manos mas hábiles que las mias, dando por terminada mi tarea.

—No puede ser, mi querido colega, exclamó el doctor Yorke, que conoció que todo estaba perdido.

Y el buen hombre se quedó tan atónito, que su tenedor cargado con un hermoso pedazo de jamon, permaneció suspendido entre su boca y su plato, en tanto que su mirada erraba del baron al sombrío rostro de Antonio.

—Perdonadme, doctor Yorke, respondió este último; tengo mis razones para obrar así. Un médico para cumplir con su obligacion, debe estar en libertad de hacer lo que le parezca, y yo no lo estoy; debe poseer no solo la confianza de la enferma (y en este punto felizmente no puedo quejarme), sino tambien la de todas las personas que la rodean. Ahora bien, esto me falta completamente; sir John Davenne no tiene confianza en mi.

El doctor Yorke quiso decir dos palabras.

—Acordadme un minuto mas, dijo Antonio con una sonrisa afectuosa. Repito que sir John no tiene confianza en mi, y quiero que conste el hecho. La prueba mejor de esta falta de confianza es vuestra presencia aquí, la presencia de un médico sin que á mi se me haya dicho nada. Mi papel en este caso es único compatible con lo que debo á mi enferma, con lo que me debo á mi mismo y á la dignidad de mi profesion, es retirarme. Y esto es lo que hago, sin rencor contra nadie.

Y estrechando rápidamente la mano que el doctor Yorke le alargaba para detenerle, el italiano saludó á sir John, y salió sin humildad y sin arrogancia, pero bastante triste.

El doctor Yorke salió al balcon á tiempo para ver que su amigo desaparecia por la puertecilla del jardin.

—En buena nos hemos metido, murmuró el doctor Yorke volviéndose á sentar á la mesa con el rostro de un hombre que acaba de tomar una medicina.

Hubo una pausa embarazosa para entrambos, que el doctor acabó por romper diciendo:

—Es de sentir que no hayais hablado al doctor Antonio antes de llamarme.

—No lo he creido necesario, contestó sir Jon con sequedad. Los cuidados del doctor Antonio á mi hija provienen de un acaso que ha sabido aprovechar para sacar el mejor partido posible.

Aunque era hombre muy preocupado de hacer fortuna, y como tal se hallaba dispuesto á lisonjear á sus clientes, sobre todo cuando eran ricos, el doctor Yorke tenia corazon, y á despecho de sus esfuerzos para contenerse, á veces se dejaba arrastrar por sus buenos instintos.

Esto sucedió cuando conoció que sir John era un viejo ingrato. Lanzando una exclamacion que resonó como una reconvencion terrible, el doctor Yorke tomó un po-

© Biblioteca Nacional de España

co de de tabaco y dijo con fuego.

—Permitidme que os diga que en eso os engañais; el doctor Antonio es un hombre desinteresado como hay pocos.

—¿De veras? exclamó el baron dando rienda suelta á todo el mal humor que se iba aglomerando en él hacia media hora; pues me gusta saberlo. Estoy dispuesto á aceptarle como un modelo de desinterés... ¿Y si sus modales arrogantes me fastidian? ¿Y si no quiero sufrir mas tiempo su aire de superioridad?... ¿No soy dueño de escojer yo el médico de mi hija? Os pido que demos punto aquí á esta conversacion.

—Como gusteis, respondió el doctor friamente y meneando la cabeza; pero permitidme la última pregunta: ¿pensais que miss Davenne no necesite un médico?

—Cuento con vos, respondió sir John.

—Seguramente, dijo el doctor Yorke titubeando; para todo lo que pueda hacer, consejos por cartas, una visita de tiempo en tiempo, estoy á vuestras órdenes.

—Quedaos con nosotros hasta que se cure mi hija, dijo sir John con un principio de inquietud; la remuneracion...

—No hablemos de eso, interrumpió con presteza el gentleman. Quisiera poder permanecer aquí ó que estuviérais en Niza, para sacaros del apuro; pero me es imposible quedarme aquí ni un solo dia. Tengo una porcion de enfermos que no puedo abandonar; lord B... con un fuerte ataque de gota, un enfermo que cuido hace veinte años; y luego al vizconde F... un sarampion; su madre, pobre criatura nerviosa hasta el exceso, idolatra á su hijo, se asusta por nada, y debo tranquilizarla cada dos horas. Todo esto me tiene siempre alerta, y me es de todo punto imposible abandonar á mis enfermos.

(Se continuará.)

LITERATURA.

DE LA MORAL DRAMÁTICA.

Hase llamado por algunos al teatro *escuela de costumbres*; debiéralo ser sin duda, pudiéralo ser, puesto que si tiene poder bastante para convertirse con harta frecuencia en escuela de perversion, es evidente que dirijido por mejor via no le faltarian medios para llegar á ser lo primero.

En efecto, cuando un vicio social se pone de manifiesto, cuando se le pinta con vivos colores, cuando el talento del autor sabe presentarlo ante los ojos del público en toda su repugnante deformidad, entonces, no hay remedio, el espectador concibe aversion hácia aquel vicio. ¿Se dirá que el teatro no enseña, no mejora? ¿Será acaso este medio indirecto de correccion menos eficaz que la lectura de algun tratado de moral henchido de preceptos y brotando aridez dogmática por todos sus poros? Y no se diga que el interés ó la pasion son mas fuertes que todo eso, y que el hombre rara vez escarmienta en cabeza agena, porque dando de barato que así sea, replicaremos nosotros que otro tanto habrá de acontecer al que estudia la moral en los libros; de donde sacaríamos la extraña consecuencia de que deben proscribirse, por inútiles, las obras de moral.

¿Pero en qué consiste esta, aplicada á las producciones dramáticas? Procuraremos discutirlo.

Existe un límite entre lo que en el teatro no pasa de indiferente y entre lo que puede llegar á pernicioso. Este límite no es á primera vista tan fácil de apreciar en muchos casos que todos convengan en cual sea en efecto, porque eso depende del modo con que cada cual vé ciertas cuestiones; depende de su mayor ó menor latitud de conciencia. Por eso oimos todos los dias exclamar á alguno durante la representacion de una obra dramática: *esto es inmoral*, mientras otros la hallan, no solo intachable en este concepto, sino hasta edificante si se quiere. ¿Y cuál será el criterio que se sobreponga á tan encontrados pareceres? Ámbos contendientes no pueden tener razon, porque ella es una; procuremos buscar á esta en las condiciones á que ha de satisfacer una obra dramática destinada á ponerse en escena ante personas honradas, y tratemos de no dejarnos fascinar, como frecuentemente sucede, por el talento del autor y por las galas bajo las cuales cubre la deformidad de un asqueroso esqueleto.

Expliquemos nuestro pensamiento con algunos ejemplos, tomados de producciones que han alcanzado el favor del público.

Hubo una época en que se hacia gala de saber de memoria el teatro de Alejandro Dumas. En él se llevaba la atencion, entre otros, un drama intitulado *Angela*, que era moneda corriente en todos los repertorios de entonces. Prendas habia sin duda en él que cautivasen al público ante quien se representaba; ¿pero qué habia en el fondo de todo esto? La seduccion de una tierna niña, llevada hasta el último punto de la deshonra, y eso casi á vista de los espectadores, que en vez de sublevarse contra aquella escena, tan descaradamente impúdica, la aplaudian con una especie de frenesí. Despues de esto, nos presentaba á su interesante heroina en los momentos de ser madre, oianse sus gemidos, y un momento mas tarde venia el médico á anunciar que acababa de ver la luz un niño, fruto de la mas espantosa despravacion. Y sin embargo, no coloreaba el rubor las castas mejillas de las jóvenes que asistian á aquel indecentísimo espectáculo, antes bien, el tropiezo de la frágil niña cautivaba todo su interés. Ahora bien, ¿qué huella de virtud dejarian en sus almas aquellas horribles escenas? Cuando el pudor se hace flexible hasta el panto de ver sin sonrojo tales cosas, de interesarse por desgracias de tal especie, ¿qué es lícito esperar? ¿Cómo no es de temer que fructifique en aquellas almas una semilla con tan buena voluntad acojida?

Y ahora decimos nosotros: aquellos públicos, en su gran mayoría por lo menos, de seguro ni aun sospecharian que semejante espectáculo tuviese nada de inmoral: de otro modo, ¿cómo lo habrian tolerado? ¿Cómo habrian llevado á él á sus esposas, á sus hijas?

Hay otra especie de inmoralidad dramática, que no consiste en presentar en escena tan á las claras las consecuencias del vicio, sino en hacerlo atractivo por medio del interés que inspira la persona que á él se entrega; lo cual es, si cabe, mas perjudicial que aquello.

Por ejemplo, *La dama de las camelias*, que ataviada con las galas de Euterpe ha dado la vuelta al mundo bajo el nombre de *La Traviata*, nos presenta á una inmunda meretriz, que vende á la puja sus favores, que muere consunta por sus vicios, y á la que el autor quiere aparecer como purificada por el *amor, como si el amor terreno pudiera nunca purificar un alma.* Aquellas escenas de libertinage y de prostitucion, de toses y de agonía, sublimadas por las notas de Verdi, se aplauden en todos los teatros, se cantan en todas las reuniones, sin sospechar siquiera que el interés que hacen despertar hácia el dolor físico, (no hácia la rehabilitacion moral) de una prostituta, no solo atenúa la justa repugnancia que toda alma honrada y púdica debe experimentar hácia tan ruines mujeres, sino que hasta se acaba por perdonar sus vicios en gracia de la nobleza y desprendimiento de su amor.

Del interés á la estimacion no hay mas que un paso, y desgraciada la sociedad en que lleguen á estimarse semejantes mujeres. ¿Qué se guardará entonces para las honradas esposas, para esos ángeles del hogar doméstico, que en su modesta y hasta pobre fortuna miran con horror el deslumbrante lujo que ostentan esas inmundas criaturas? ¿Cómo querreis encontrar en el mundo honestidad y virtud, si no contentos con hacer opulenta á la prostitucion haceis además su apoteosis.

Hay una nueva especie de inmoralidad, que consiste en presentar en la escena á ciertas mujeres que solo son virtuosas á medias. Aquí pudieramos aplicar aquello de que la mitad de la verdad es peor que la franca mentira.

La protagonista, por ejemplo, de *Jugar por tabla*, así como de muchas otras comedias modernas, se halla comprendida, segun nuestra opinion, en este anatema, y aquellos, por lo comun aplaudidos versos, que dicen:

«la mujer que lucha y vence
no debe estar de rodillas»,

encierran, á nuestro modo de ver, un funesto principio de moral. Una mujer que se casa por amor con un hombre de talento, de honradez, de posicion social, con un hombre que ama con delirio á su esposa, que la rodea de comodidades, que es galante y afectuoso, ¿por qué lucha? Solo porque un romántico mequetrefe, ingrato á los favores de que le colma su protector, amigo desleal, un completo títere en suma, pone en ella sus atrevidos ojos. ¿Qué disculpa hay para su caprichosa veleidad? ¡Y esta mujer se resuelve á deshonrarse, á abandonar á su esposo, á sus hijos! ¡Y el poéta abusa de su ingenio para dar interés á aquella repugnante figura! ¡Y el marido no solo no cree que necesita su perdon, sino que hasta ensalza su fortaleza y la felicita por su supuesta victoria!

Nosotros no podemos comprender así los deberes de una mujer casada, ni creemos que haya hombre alguno que se dé por satisfecho con una esposa de tal fragilidad. Si á esta se le alaba la gracia, ¿no es es muy de temer que otras sigan su ejemplo? ¿Y ha de estar siempre, como aquí, el marido en acecho tras de la puerta para impedir los conatos de fuga de su cara mitad?

No podemos estendernos mas: baste sin embargo lo dicho para que se comprenda nuestro modo de considerar la moral dramática.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE PAÑO DE SEDA, COLOR HABANA CLARO. Lo bajo de la enagua está guarnecido con un volante recortado, de 8 centímetros de alto, sobre el cual corre un rizado de encage negro; lazos formados tambien de encage negro están dispuestos en quillas á cada lado y en el delantero del trage. Corpiño plano, montante, guarnecido como el trage. Chal-manteleta igual al resto del vestido, con guarnicion compuesta de un volante recortado y un rizado de encage. Sombrero de paja, con encaje negro y flores color de naranja y negro.

TRAGE DE BAREG BLANCO, CON CUADROS FORMADOS POR FILETES AZULES. Lo bajo de la enagua es de tafetan azul; un primer volante de la misma tela que el trage está dispuesto en ondas,—*despues un volante azul,—un volante* de bareg,—un volante azul; estos cuatro volantes tienen cada uno 6 á 7 centímetros de alto. Corpiño de punta, con solapa de tafetan azul. El corpiño forma por delante dos puntas redondas, y termina por detrás en una especie de faldoncillo compuesto de tres puntas redondeadas, á las que rodea un volante azul recortado de 2 centímetros de ancho; estas puntas se cortan con la espalda misma, y tienen 10 á 12 centímetros de largo. Mangas abiertas por el codo, guarnecidas con tres volantes, dos de los cuales son azules, subiendo los tres en disminucion hasta el hombro. El prendido se compone de una redecilla azul, formada por cintas estrechas.

A los señores Suscritores de América.

Rogamos á los Sres. Agentes de la MODA ELEGANTE en América no demoren la renovacion de los pedidos para el próximo año de 1863, á fin de que sus abonados no *sufran retraso en el recibo de ellos.*

El Administrador:

FEDERICO JOLY Y VELASCO.

A TODA PERSONA QUE ANTES DE SUSCRIBIRSE QUIERA CONOCER A FONDO LA PUBLICACION SE LE REMITIRÁ UN NÚMERO GRÁTIS.

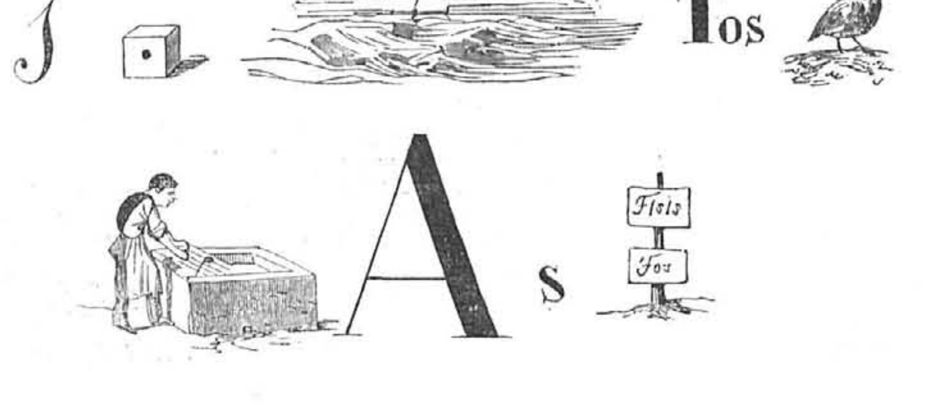
Todo pedido de suscricion deberá venir acompañado de su importe en libranzas de Tesorería ó del Giro Mútuo, sin cuyo requisito no podrá ser servido.

Se suscribe en la Administracion general, calle de la Bomba, n. 1.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ: 1862.—IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA. Bomba n. 1.

GEROGLÍFICO.



© Biblioteca Nacional de España